

# FEDRA



Manuel Arce Arenales

editores



alambique

**Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución  
Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0  
Unported License.**

**Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:**

**<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>**



**FEDRA**

# FEDRA

manuel arce arenales

editores  alambique

862.6

A668s

Arce Arenales Manuel, 1949 —  
Fedra/ Manuel Arce Arenales  
—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 2005.  
64 págs.; 21 x 13 cms.—  
(Colección Astillero #1).

ISBN 9968-839-17-5

1. Teatro costarricense

1. Título

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: el verdadero artista todo lo saca de su corazón.

El arte no establece ni afínca, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada basado en una fotografía de Cary Wolinsky, dibujo interno hecho por Gail L. Hoffburh diagramación, corrección (de estilo y filológica), edición (técnica y literaria), realizados por el Consejo Editorial de Editores Alambique.

Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

ISBN 9968-839-17-5

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 2005.

© Manuel Arce Arenales

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.





## UN PÁJARO INVISIBLE ANUNCIA LA TORMENTA

*Un ventanal habita la mirada de esta mujer. Reclinada en el lecho contempla las mordeduras del mar, afila con sus deseos todavía sin forma el rostro futuro de los ris-  
cos.*

*La otra mujer esconde los ojos, se funde con las  
sombras, se coloca en el centro de las esquinas.*

— Amanece otra vez. Otro día. Mi corazón permanece como mis noches pasadas, intranquilo, lleno de ansiedad dulce y corrosiva. ¡Ariadne! ¿Hay algo nuevo en el mundo?

— El oráculo de aquél que los griegos ven en el mar vuelve a dar un augurio feroz e incomprensible.

— ¿Cómo sabes que es feroz, entonces?

— Su oscuridad está punteada con luciérnagas malignas.



Revelan solamente el propósito vengativo del dios.

— Estoy más cerca de los dioses que tú. Créeme, si existen, entonces no están libres de pecado. Se relacionan con nosotros en condiciones desiguales, nada podemos hacer para defendernos. Pero su crueldad nos libra de culpa.

— Señora, no entiendo lo que dices. Pero si sabes que los dioses pecan como los hombres, precávete contra la venganza de aquél que invocó tu padre. Nos utilizará, últimas de la línea real que le fue consagrada, para vengarse de la soberbia griega.

*Hiende el espacio con el látigo de su cabellera. Una furia de carbones centellea en su rostro.*

— ¡Cómo te atreves! Tu locura no te disculpa, esclava. El nombre no te hace mi hermana. Sólo una sierva, una nodriza, la última parte del pasado que todavía da testimonio de mí.

*Un río de sombras invisible hace remolinos, apaga las hogueras que encendieron los ojos.*

— ¡Pobre vieja loca, compañera de tantas desgracias! Tus temores infantiles recuerdan el dolor que me aqueja. ¿Quieres venir de nuevo conmigo a la caverna de la bruja aquélla?

— Señora, yo te suplico, no vuelvas a consultar a la vieja esclava de la amazona. Nada bueno quiere para ti o para mí. Ella también ansía la venganza.

- ¡Venganzas, venganzas! ¿Sólo en eso puedes pensar? Como el resto de los necios del pueblo, te crees las mentiras de los sacerdotes. ¿Qué hicieron ellos cuando ése... cuando ése despojó a mi padre y humilló los altares de su dios? Ningún delfín sagrado vino en nuestra ayuda, no hubo reclamo de los dioses, no vino a compadecerse de nosotras siquiera algún delfín acompañante de pescadores...
- No llores, por favor. Aquí por lo menos eres la reina.
- Sí. Reina para ser montura de ése. Ven, vamos de inmediato a visitar a la bruja.



## EL OUDIO ES UN ÁRBOL SIN SEMILLA

*Esta vieja tiene el rostro de los farallones. Su piel se ha quedado infértil, los ojos le brillan como un pozo sin agua. En su brasero contempla la noche y el día, su cueva es el cubil de sus sentimientos.*

— Las señales son propicias. Y sin embargo, con la oportunidad de la venganza, he descubierto nuestro error. ¡Ay, ay, Antíope! ¡Quisiste detener un cambio demasiado vasto para nuestras fuerzas! Al menos lograste conducir la derrota con honor. Pero nos transformaste en hombres, y por eso ganaron también allí donde ni siquiera tuvo que haberse dado batalla. ¡Ay, ay de mí! La venganza les pertenece, ¿he de consumir su victoria haciéndome instrumento del dolor? La mañana es diáfana

como nunca, el mar hiriente. Esta tranquilidad despierta y mortal me acongoja. ¿Vendrán hoy, como indican las señales? Es perfecta la hora, es perfecto el lugar, y sin embargo no deseo que vengan. Ya sólo tengo fuerzas para desear o no la consumación. Los hechos han sido forjados implacablemente de antemano. ¿Por nosotros, por una parte nuestra, por el destino? ¿Quién ha de preocuparse por los hombres? Solamente nosotros nos juzgamos, nos herimos, nos castigamos. Mi sabiduría no tiene fuerza, mi voluntad no la obedece. ¡Ay, ay de mí!

## EL PÁJARO PICOTEA EN LA PUERTA

*Hay señales de mimbre junto a los farallones. El día es seco, y no se escucha el zumbido de las abejas. No hay nadie aquí. Solamente tres mujeres justifican el universo.*

— Detengámonos un momento antes de entrar en la cueva. No deseo que me observe jadeando.

— En un día así desembarcamos, como motivo de alianza pero en realidad como tributo. ¿Tan pequeño fue nuestro poder? ¿Tan poco fuimos para quedar así destruidos? Triunfó la estupidez, la envidia, la fuerza enardecida y bruta.

— ¡Cállate ya! ¿No te pareció escuchar que alguien se lamentaba? ¿Habría otra persona con la bruja? ¿Quién? Ve a ver. No deseo ser reconocida.

— Era yo que me lamentaba, dueña. Era yo que recordaba rojas columnas con anchos capiteles negros, el bullicio feliz de las cerebrales doncellas...

— ¡Que te calles, te digo, y que dejes de hablar insensateces por un momento! ¿Vas o no a ver quién está con la bruja?

— ¡Pero si no hay nadie!

— ¡Que vayas, te digo!

*La sombra de la cueva es una puerta abierta que se cierra, una puerta cerrada que se abre.*

— Buenos días, hermana. ¿Hay alguien contigo esta mañana?

— Sólo mis recuerdos, sólo mi futuro hecho lamentable presente.

— Hablas como mi ama. A ella creo que tendrás que dirigirte más claramente.

— ¿Ha venido ella también?

— Sí.

— ¡Ahhhhhh! Que pase, entonces.

— ¿Nadie hay contigo?

— Nadie.

*En esta cueva de paradigmas rojos hay luces circulares. Se adivina el olor de los fantasmas, la insaciable ansiedad de los espíritus hambrientos.*

— Bruja, no encuentro remedio para los males que me aquejan. Tus remedios y hechicerías han sido inútiles.

— Ten paciencia, princesa. Algún beneficio habrán tenido que vuelves a visitarme.

— Hablas como la estúpida de mi nodriza. Vengo a reclamar la ineficacia de tus menjurjes.

— Poco derecho tienes: nada te he pedido a cambio y he rechazado lo que tuviste a bien ofrecerme. No importa... aun así acepto tu reclamo. No sirven mis misterios, dices. Será quizá porque no te has sincerado conmigo, y te he dado remedios para una enfermedad inexistente. ¿Cuál es tu mal verdadero?

— ¿Osas tratarme de mentirosa? Ten cuidado, perra, porque no soy una vulgar concubina, como tu antigua ama.

— ¡Demasiado bien lo sé, demasiado bien! Aunque tal vez estemos más cerca de lo que crees. Repíteme de nuevo tus síntomas.

— Siento ardores en el pecho y una intranquilidad insaciable. Nada me satisface. De noche y de día busco rellenar el tiempo, pero el vacío no desaparece, y logro tan sólo un sentimiento tibio de rabia.

— ¿Amas mucho a tu esposo, señora?

— ¿Qué tiene eso de relación con mis males?

— Los males más profundos tienen raíces secretas.

— Aborrezco a ese bárbaro insensible y presuntuoso.

*Un silencio de preguntas vacías revolotea en el espacio que separa los rostros.*

— Sal fuera un momento. Déjame sola con tu esclava.

— No entiendo por qué te empeñas en trabajar con ella. ¿No soy yo tu paciente?



— Ella es puente hacia el mundo de los espíritus. Déjanos a solas un momento y confía en mí.

*La luz se reconcentra, la oscuridad se espesa. Mariposas de hollín baten sus alas en la penumbra, y la bruja las espanta cuidadosamente.*

— Cierra los ojos, hija. Aspira el humo fragante y ácido de mi brasero. Cierra los ojos, deja que tu mente recorte las esquinas del vacío. Ariadne, ¿no ves las dagas de colores que surcan la oscuridad? Vuelven de nuevo a beber la hiel de tus heridas. Regresa con ellas, atraviesa los horizontes del tiempo. Observa a tu hermana que roba el lecho de tu amante. Contempla cómo sus hijos pisotean tu memoria.

— ¡Ahhhhhhh!

— ¡Y qué decir de él, que se revuelca gustoso con ella! ¿No fuiste tú quien lo salvó de una muerte segura? ¿Así paga tus favores? ¿Permites que tenga descendencia con tu hermana, que las humille a ambas, que se burle de toda tu familia? ¿Éste será el pago de su crimen, vivir feliz y poderoso, dejar seguro el trono para su sangre, fornicar a su gusto como un perro babiento? ¡Venga el honor de tu linaje, Ariadne! ¡Elimina la corrupta semilla!

*El aire ha despertado de pronto. Las hojas cuchichean apresuradamente sobre el suelo, los árboles frotan sus ramas contra el viento. Las olas murmuran a escondidas.*

— ¿Inconsciente otra vez?

— El trato con los espíritus es difícil. No todos pueden resistir tan espantosas fuerzas. Tu sierva es fuerte y no muere, pero también tiene que pagar un precio.

— ¿Y bien? ¿Qué has averiguado?

— El fantasma de mi antigua dueña te persigue, señora.

### *La reina regala un silencio de piedra.*

— Su espíritu lucha por posesionarse de tu cuerpo. Es grave, en verdad.

— ¿Qué debo hacer?

— La solución escapa de mis facultades, princesa. No sé, verdaderamente, qué puedas hacer.

Como las hojas, así se quiebran los pasos de las dos mujeres sobre la rota forma del acantilado.

— Apura, vieja. No volveremos más a visitar el cubil de esa charlatana. Dime, ¿qué sucedió cuando quedaste a solas con ella?

— No lo sé, ama. Sólo recuerdo niebla, sonidos vagos y una serpiente de humo que destilaba su veneno en mi pecho.

— La bruja ésa dice que Antíope intenta posesionarse de mí. ¿Puedes creerlo? Y ni siquiera supo decirme qué debo hacer. En todo caso, esa alucinación absurda no puede ser verdad. Yo conozco mi mal, la pasión dulce y odiosa que no me deja descanso y por la cual no puede ser verdad su mentira.

*La oscuridad es dueña de la cueva.*

— ¡Ay, consumado está el hecho! ¿Sentirás placer en tu venganza, Antíope querida? ¿Será dulce a tu espíritu el sabor de dolores retorcidos e inmundos? No tiene ya razón de ser mi vida, dejaré pasar los días frente a mi acantilado, vislumbrando la furia de fuerzas que no comprendo, observando el misterio impenetrable del sufrimiento inocente. Está exhausta mi alma, siento que vivo el mismo día una y otra vez. Una y otra vez el mismo día, terriblemente claro y silencioso.

## HOMBRES Y MUJERES (MARIDO Y MUJER)

— ¿No tuviste noticia de mi llegada, mujer? ¿Por qué me recibes tan displicente?

— Supe de tu llegada, señor, pero no me he sentido bien estos últimos días. Disculpa, te lo ruego, mi falta de ánimo.

— Es comprensible que te hiciera falta. Ya estoy de vuelta sin embargo y puedes permitir que tu corazón se regocije. Nada te hace falta ya...

*Unas manos de hocico intentan recorrer la cabellera.*

— ¿Por qué rehuyes mis caricias? Ven, mi paloma... ¿no estarás celosa, verdad?

*Esta incredulidad es como un hielo transparente.*

— Un hombre como yo, asediado por las tentaciones, no puede dejar de sucumbir algunas veces. Aun así has de saber que los dioses han asignado porciones diferentes a hombres y mujeres, y lo que es inadmisibile para la hembra es visto con tolerancia para su hombre.

*Un estremecimiento de asfixia, un cansancio infinito.*

— Ven, no procures encender más mi cariño con tus fingidas repugnancias. Olvida esos celos. ¿No ves que incluso te exalta sobre las demás si acaso llego a otorgarles mis favores?

*Una aceptación de silla.*

— Adopta la actitud que corresponde a una princesa, no te rebajes como las mujeres del vulgo y otórgales a esas imaginarias rivales el olímpico desconocimiento que a tu lado merecen.

— Lo que dices es verdad conocida por todos, mi señor, y quizá sancionada por los dioses. Pero permite por favor que se asiente mi espíritu, y concede tiempo a mi orgullo para aceptar el lugar que le corresponde.

— Está bien. Comprendo lo que dices. Aunque la justicia que encarno me exige severidad, puedo reservarla para los asuntos de estado. Para el pueblo, donde la me-

nor debilidad es motivo de desorden y estimula la anarquía, el irrespeto por la ley y las instituciones sagradas.

*Unas manos de hocico intentan recorrer la cabellera.*

— En cambio, ya ves que en el manejo de mi estado familiar soy tolerante. ¡Vamos..! Un abrazo, nada más, que pronto debo reunirme con los ministros de la real hacienda. Debo retomar una vez más las riendas del gobierno... ¿Qué te sucede? ¡Oh, dioses, se ha descompuesto horriblemente! ¡Pronto, esclavos, traed agua fría, llamad a los médicos de inmediato!



## HOMBRES Y MUJERES (NODRIZA E HIJO)

*En otra parte, en una cueva de esmeraldas. En un rincón de la niñez, en un lugar donde el tiempo medita. Hay una bruja gastada, una disposición de astros, un murmullo accidental.*

— ¡Hipólito..! ¡Pasa, hijo querido! ¿Qué te trae a la cueva de tu antigua sirvienta? Sólo hilachas de fantasmas tristes encontrarás aquí, únicamente el gemido de sangre por derramar, débil y envejecida por el tiempo.

— ¡Qué lamentables palabras dices, ama! ¿Por qué te veo desapacible y arrugada, llorando lágrimas invisibles?

*Una mariposa de dedos aletea sobre la cabellera.*



— Está bien. Calla, si quieres. Yo no tengo algo importante que decir. Sólo vengo a buscar el único rescoldo de cariño que me queda, después de recorrer en este día luminoso los apartados páramos. ¿Por qué enciendes premoniciones terribles en mi mente?

— ¡Calla, hijo! No hablemos de cosas que ningún hombre ha comprendido jamás.

— Dame tu mano, Pitnaia. Mi espíritu está triste e intranquilo.

— ¿De qué te quejas tú, el más limpio de todos los hombres?

— Te toca callar a ti, mi vieja. ¡A qué te empuja tu afecto! Bien sabes que la necesidad no me ha dejado alternativa.

— ¿No estás convencido todavía de que la virtud es su propia recompensa?

— No veo mérito en el bien que la circunstancia hace inevitable.

— ¿Por qué persigues mérito? Pocos seres tienen la oportunidad de llevar un tesoro como el tuyo a la tumba.

— ¿Tan poca vida me queda? ¿Qué cosas ha vislumbreado tu sabiduría en el futuro que desvelan los transparentes días frente a tu cueva?

— En un momento puede ser anulada la recompensa espiritual de una vida tejida con pureza. Ven, hijo. Sentémonos en silencio a contemplar el curso del sol desde mi acantilado.

— No estoy en paz con mi corazón. No encuentro amor para mi padre, ni siquiera perdón. Mi pureza no es sino indiferencia.

— Otros en tu lugar encontrarían odio.

— Mi madre murió como vivió, luchando. Ella tenía derecho al resentimiento.

— Es un derecho venenoso y cruel, un peligro para los que desconocen la justicia escondida y sutil de la vida. No hubiera deseado tu madre ese destino para ti.

— Procuero ser limpio para no sentirme envilecido. ¿A eso llamas tú virtud?

— No te engañes, Hipólito. Tu posición entre los hombres es testimonio suficiente de una vida pisoteada desde el comienzo. Mientras existas, serás un muñón acaso digno de compasión inconsciente.

— Un muñón como yo puede ser también una acusación silenciosa.

— Tu madre fue violada como mujer y como virgen. Luchó por su derecho a ser libre, pero el mundo de los hombres no está preparado para conceder libertad. Tú naciste sin derechos, hijo querido. Tu reconciliación con la vida exige una superación interior de la injusticia, o asumir la norma del interés propio, la sabia astucia del mundo que conoce los medios para utilizar a los demás.

### *Una ternura de abejas vuela desde sus ojos.*

No tienes tú la opción de luchar por otros... ¿de qué valdría entonces la justicia homicida? ¿Deseas derrotarte cuando casi has vencido, tú, el único de nosotros que ha tenido la venia de los dioses para hacerlo? ¿Quieres de veras darle la victoria mayor a la fuerza insensible del mal, cuya ambición final es multiplicarse en los corazones de todos los hombres? Solamente te está permitido servir de testimonio. Manifiéstate agradecido por el pri-

vilegio que te otorga la vida y transforma en lúcida compasión toda posibilidad de odio. Ven, hijo queridísimo, contemplemos en silencio cómo sube la noche desde mi acantilado.

## EL AMOR TIENE UNA CARA DE ESPINAS

— Ya me es imposible permanecer inactiva. El torrencial deseo de mi corazón acabará por devorarme, ya le dé rienda suelta, ya lo mantenga por más tiempo contenido en el pecho. Ven, pobre Ariadne, quizá tenga un trabajo sucio para ti.

— ¿De qué me hablas, dueña? ¿Qué secretos son éstos que me permiten adivinar tus palabras?

— ¿No sospechas acaso la verdadera razón que me ha empujado a visitar la estéril cueva de la bruja?

— Estoy muy confundida, princesa. A veces creo vivir en un sueño alucinante sobre el cual no tengo dominio alguno y que me sorprende con transformaciones monstruosas a cada instante. ¿Por qué buscabas a la bruja, si no era para remediar esa enfermedad intangible que te consume?

— ¿Pero no sabes, imbécil, cuál es mi mal? Siento un deseo invencible por Hipólito, sueño despierta en todo momento del día y de la noche con sus manos que acarician mis senos, con sus labios sobre la tibieza de mi piel, con el contacto delicado de sus dedos bajo mis vestiduras, con la oportunidad de sondear las profundidades transparentes de su espíritu. Por eso he visitado a la bruja, esperando encontrarme allí con él, alejados los dos de los voraces zánganos cortesanos.

— ¡Qué palabras terribles has dejado escapar del cerco de tus dientes! Un súbito terror se apodera de mí, quisiera no haberlas escuchado jamás. Todo converge vertiginosamente hacia el abismal propósito del dios que adivinara ya mi corazón. ¡Ay, ay de mí! Me siento como una hoja suelta en el remolino de un río.

— Deja de lamentarte, estúpida. ¿En qué te tocan a ti los incomprensibles vericuetos de mi sino? Nadie le presta demasiada atención a una esclava. El vaivén de mi fortuna no alterará la inmutable bajeza de tu posición.

— ¿Qué harás ahora? ¿Cómo lucharás con una maldición tan sobrecogedora e imprevisible?

— No lo sé. Sólo ansío satisfacer mi deseo, con una especie de rabia amordazada. Estoy dispuesta a todo. ¿Me has entendido bien? ¡A todo!

— Pero estás acorralada. No tienes tiempo. El terrible Teseo ya ha regresado de su viaje.

— Puedo servirme todavía de su prolongada ausencia. La gente no se ha acostumbrado de nuevo a su rostro, y oportunidades hay de sobra para quitarlo del medio. Más de alguno se sentirá tentado a encarar los peligros para mejorar de un salto su fortuna.

— ¡Ay! Haces castañetear mis dientes. Somos sólo mu-

jerés, extranjeras y casi recién venidas, por demás.

— Escucha con atención, esclava. Para tu bien o tu mal, no tienes alternativa alguna. Es mejor que te resignes de una vez a secundar mis acciones. Te repito que no tienes alternativa, y tus dudas me incitan a pensar en cerrarte la boca para siempre.

*La vieja se arruga como un papel. El corazón de la reina se suaviza por necesidad.*

— No seas terca, nodriza. Ve que quizá no haya necesidad de violencia. Te juro que no ambiciono el poder, y así como detesto a Teseo, el que viva o muera me es indiferente.

*El miedo y el deseo son hermanos espontáneos.*

— A veces yo misma me siento sobrecogida por un terror inexplicable y me pregunto si no tendrá razón la bruja. Tal vez estoy poseída por un espíritu maligno. La idea de Antíope me llena con un placer blando y dulzón, putrefacto y morboso. ¡Ay! Quisiera no haber nacido jamás. No puedo controlar este vértigo, y aunque quisiera ya es demasiado tarde. Ayúdame a seducir a Hipólito. Por favor. No quiero en absoluto que se descubra mi turbio secreto. Después de todo, es sólo un deseo natural que las circunstancias han convertido en fuerza oscura y peligrosa. ¿Qué te sucede? ¿Por qué te pones rígida? ¿A qué se debe esa lividez espantosa?

— ¡Ahhhhhg! ¡Observa, hermana, cómo me convierto

en una culebra de humo negro! ¿Quieres que derrotemos a Teseo? Yo puedo eliminar con invisible astucia la podrida semilla que con él has producido. ¿Quieres un curso libre a tus pasiones? Yo puedo despejar el camino para que te asientes con Hipólito en el trono.

*Una explosión de negros. Una lava de hirviente oscuridad. Un hilo rojo asciende desde las profundidades más ocultas.*

— ¿De qué me hablas, demonio? ¿Qué diabólicas ideas te han procurado mis palabras? No inviertas del todo, te lo ruego, mi ya desequilibrado espíritu. ¡Vuelve en ti, nodriza..! ¡Esclava miserable, vuelve en ti!

*Así como se apagan las tormentas, como se aquieta el mar de pronto, como cae el viento sobre la tierra abruptamente, así la vieja se desmorona, hincándose.*

— ¡Dame una mano, ama! ¡Rescátame de este remolino construido con negras espinas vivas!

*Un abrazo de entrelezados dedos, miradas como la fiebre de las esmeraldas, el chisporroteo de la esperanza.*

— Procura los medios para que pueda entrevistarme a solas con Hipólito sin despertar sospecha alguna.

## ESTACAS Y CONFESIONES

— ¿Me has hecho venir, señora? Algún asunto de gravedad será, a juzgar por el sigilo y la turbación de tu esclava. ¿Alguna seria noticia te habrá comunicado mi padre?

— Grave es el asunto, sí, oh príncipe, pero no provocado por alguna palabra del rey. Discutiendo está con sus ministros, como es rutina después de una ausencia real. Importante, importantísimo es el problema, aunque concierne únicamente a mi corazón. ¡Ay, dioses! Permite que me siente, príncipe, porque mis rodillas desfallecen.

— Mal le conviene, reina, a un bastardo como yo el título de príncipe.

— Pero príncipe eres, y no por la sangre real que corre en tus venas, sino por tu virtud, tu espíritu noble y transparente, tu hermosura.

— Sus elogios me confunden, madre, y el temblor de su



voz despierta en mí temores inciertos.

— Por idéntica razón, mal me conviene el título de madre. ¿Es que en verdad yo te recuerdo a Antíope?

— En la devoción que debe inspirarme su sitio.

— Aunque el sitio que le corresponde a Antíope es tu corazón. El mío es solamente un solio.

— Agradecido debería estar su espíritu que puede ocupar un lugar tan elevado, tan por encima del que jamás pudo ocupar mi madre. No está bien envidiar el miserable asiento que exige la piedad filial.

— Pero no lo ocupa por piedad, sino porque tú de buen grado le otorgaste dulce cabida en tu pecho. ¿De ninguna manera he pasado yo el cerco de tus ojos? ¿Alguna vez me diste, siquiera por un momento, acogida tan íntima? ¿Ni siquiera me consideras hermosa?

— Ningún hombre podría ser ciego a tu belleza. Pero yo cargo pesadumbres, única herencia que me dejó la que me trajo al mundo. No he tenido tiempo ni espacio hasta ahora en mi mente para algo que no fuera un intento por encontrar sentido, por hacer algo con las astillas de rabia que me encargó la vida.

— ¡Pero despierta, necio! ¿En tan vanos quehaceres involucionas tu espíritu? ¿Así has pasado tus años, nutriendo con pequeñez un problema pequeño para no enfrentarte con la vida? ¿De veras crees que es posible cerrarse al mundo, y puedes engañarte confundiendo la pureza con la cobardía?

— ¿Para insultarme me has llamado? ¿Por qué razón he incurrido en tu desprecio? Jamás crucé deliberadamente tu camino. Pero sabe que es precisamente la admisión plena del mundo lo que dicta mi conducta. Todo hombre debe decidir su vida ante las circunstancias que le ha

impuesto su destino, y mi camino ha sido harto doloroso y escarpado, te lo puedo jurar. ¿Crees que soy insensible a las tentaciones? ¿Que no me he atrevido a considerar minuciosamente todas las posibilidades que se me presentaban factibles? Este camino es el más viril ante mis ojos, y muchas veces desmayé en el trayecto. No puedo permitir que empequeñezcas el grado de plenitud que con tanto dolor he conquistado.

— ¿Cómo puedes malentenderme, tonto? De todo corazón creo en tu hombría. ¿Te parece acaso que si fuera de otra manera estaría aquí, humillándome a tus pies, mordiéndome la lengua con rabia, arañándome el pecho para no derramar lágrimas de furor suplicante?

— ¿Qué insinúas, mujer? ¿Qué cosa dejas entrever en tu voz entrecortada?

— ¡Nada más lo que ves, infame, lo que ya no puedo ocultar aunque quisiera, el ansia devoradora de que me permitas entregarte todo lo que tengo, todo, mi corazón, mi espíritu, mi cuerpo!

### *Él clava silencios en el hielo.*

— ¡Llévame contigo por ese escarpado camino de que hablabas, permite que beba de tu dolor en el límpido lago de tu mente! ¡Acéptame, Hipólito, por favor! ¡Jamás mujer alguna quiso a un hombre con una fuerza tan avasalladora como la que a mí me posee!

— Tus palabras muerden como los dientes, princesa. ¿En verdad esperas que me acoja a tu locura?

— ¿Cómo es posible que llames locura a lo que pido? ¿No me decías tú hace un momento que poco pueden

sondear otros la profundidad de las razones que empujan a decidir un camino? Comprende, te lo suplico, la sinceridad atroz de mi escogencia. Tan bien como tú estoy consciente del juicio horrorizado y compasivo del cual me hago merecedora.

*Una electricidad de tristezas se desgasta contra la forma de lo imposible.*

— Creo sentir la profundidad de tu tormento y no puedo negar la fuerza de tu honradez. Sin embargo, comprendeme si te pido que no vuelvas a repetir las palabras que hoy me has dirigido. Yo por mi parte te prometo respetar en silencio el corazón que me has abierto.

— ¡Odioso muñeco de hierro! ¡Bestia de piedra, infame! ¿Pretendes la satisfacción de vengar a tu madre a mi costa, pisotearme en un trono para el cual ella fue considerada indigna? ¡Piensa que estos bárbaros fueron los destructores de mi pueblo también, y que fui precio vergonzoso de una alianza no menos envilecedora! ¡No te vayas, te lo ordeno! ¡Es a tu padre a quien debes castigar, él fue quien violó a tu madre! ¿Qué mejor venganza que poseer a su reina legítima? ¡No salgas... no salgas, te lo ordeno!

## MORDIDA DE SERPIENTE

*La soledad más dolorosa es la presencia de lo ausente.*

— ¿Qué ha sucedido, mi ama? ¿Por qué lloras así y rasgas tus vestiduras? ¿Qué significa el rostro severo y decidido que mostraba Hipólito al salir de tu aposento con apresurados pies?

— ¡Vete, testigo odioso de mi vergüenza! ¡No..! Espera un momento. ¿Qué implican tus palabras? ¿Qué propósito traducía Hipólito en sus facciones? ¡Ohhhh, dioses! Una horrible sospecha invade mi mente. ¿Adonde iba? ¿Lograste adivinar el rumbo de sus pasos?

— No tuve tiempo de prestarle atención, señora. Adiviné de inmediato un eslabón más en la implacable cadena

que se ha precipitado sobre nosotros.

— ¡Ah, el infame! ¡El mezquino y vengativo infame! ¡No admitió en su corazón ni la piedad humillante que se otorga a un mendigo! No fue capaz de comprender la magnitud del sacrificio. Ahora dará cabida al desprecio, quizá a la conmiseración burlona. Un espantoso fuego arde en mi cabeza... ¡Ay, pero que negro frío es éste, más atroz aún, producido por esa sospecha que me invade de nuevo! ¿Cuál era su expresión, decías? ¿Qué propósito delataban sus ojos?

— ¿Cómo esperas que pueda responder a esa pregunta? ¿Cómo puede una esclava adivinar el pensamiento de los príncipes?

— ¡Príncipe...! ¿Ese bastardo soberbio? No digas más estupideces, vieja chocha. ¿Cuál era la expresión de su rostro?

— Parecía firme y decidido.

— Sí... mi sospecha quiere convertirse en certidumbre. ¿A qué podía ir decidido? Sólo a procurar con mi hundimiento la consumación de su venganza. ¡El cobarde, el miserable cobarde! No tuvo la valentía de arriesgar el despecho furioso de su padre y quiere utilizarme como instrumento de venganza sin comprometerse. ¡Al salón del consejo real habrá ido! A destilar en los oídos de su padre la confesión impúdica de mi amor. Así podrá vengar a su madre impunemente, fingiéndose guardián del honor real. ¡Hipócrita! ¡Monstruo, infame, hipócrita!

— ¿Cómo puedes pensar en esa horrible posibilidad?

*La reina se detiene ante el mudo testigo del pasado, su corazón enfurecido duda, su duda es un manantial de esperanzas.*

— Tienes razón. Después de todo, me prometió su silencio. Su respetuoso silencio. ¡Ay, no tengo alternativa sino la muerte!

— ¡Por favor, reina, no digas esas cosas! Hay tiempo todavía para vencer su dureza.

— Tal vez estés en lo cierto. ¡Anda, ve y corre a la cueva de la bruja! Confíesale la verdad, pero no le menciones a Hipólito. Dile que doy cualquier cosa por un filtro amoroso que me garantice su amor o su muerte. ¡Corre, tarada, corre, que mi vida y más que mi vida están en juego!

*Cuando se está solo, todo consejo es malo. Las palabras sufren metamorfosis impredecibles. El corazón inventa sus fantasmas.*

— Siento que mi cuerpo es despedazado por la duda. ¿Si mi sospecha fuera cierta? Mi desgracia estaría sellada para la posteridad. Aunque no me atormenta eso tanto como imaginarlo gozando de su venganza. Y eso no me enfurece tanto como permitir que un ser así de bajo y despreciable me utilice como instrumento, a mí, después de haberme arrodillado como una prostituta a sus pies. Eso no podré permitirlo jamás. En verdad no tengo alternativa sino la muerte.



## MATRIMONIO DE FIEBRES

— ¿Qué te sucede? ¿A qué se debe esa palidez espantosa? El corazón se me achica aunque venga satisfecho.

— No pierdas el tiempo, marido, porque me quedan pocos minutos de vida. El veneno es muy rápido y su antídoto desapareció bajo los escombros de Cnossos.

— ¿Qué palabras terribles dices? ¡Por los dioses, explica esta horrible nueva!

— ¡Ay, ay de mí! ¿Cuál vengativo dios ha procurado mi desgracia? Y si no existen los dioses, ¿qué fuerza me utiliza entonces como instrumento? ¿Qué venganza insondable ha dictado el hado? A estas horas tal vez Ariadne esté ya en posesión del filtro.

— ¡Te ruego, por lo más sagrado, que expliques tus enigmáticas palabras!



*No puede regresar el río, ni volver a subir la lluvia.  
Y las acciones cometidas con el corazón en la boca, dictadas  
por la entraña, son tan inmutables como la maldición de  
los dioses.*

— ¡Ay! Un peso de soles humeantes y ennegrecidos arrastra mi alma bajo las piedras. Reconozco la fuerza abrumadora e insensible que exige la aniquilación total de mi espíritu. No opondré más resistencia. Es más, ayudaré a los dioses a destruirme por completo.

— ¡Te suplico de nuevo, por el amor o el respeto a nuestros hijos, que no me atormentes más con esta incertidumbre!

— Tú también ayudas, infeliz. Está bien, escucha, puesto que así lo pides. He manchado tu honor, miserable. En tu lecho conyugal me he dejado seducir por tu propio hijo.

*El aire se encarama sobre la espalda, más pesado  
que las montañas. La verdad es un río de leche negra, las  
palabras jadean en la garganta.*

— ¿Pero qué dices? ¿Cómo es posible esa monstruosidad? ¿Te hace delirar acaso el veneno?

— No deliro, mísero. Tu hijo Hipólito me ha seducido, y yo he accedido gustosa.

— ¡Oh, dioses! El cielo se derrumba sobre mis hombros. ¿Este pago han merecido mi piedad y mi severa justicia? Y tú, perra, ¿no has podido guardar la fidelidad que prometiste sagrada, siquiera por respeto a la digni-

dad que encarno?

— Nunca prometí nada a tu amor. Te aborrezco y siempre te he aborrecido. Mi promesa fue arrancada por tu soberbia vencedora, no fue otorgada libremente por mi corazón.

— Está bien. Tú vas al lugar que ha merecido una infamia tan grande. En cuanto a ese puerco bastardo, deseará mil veces no haber nacido antes de que termine el día.

*En el mar del dolor el corazón es un pez sin espinas ni piel. Sólo puede nadar de arriba para abajo, de abajo para arriba.*

— ¡Fuera, fuera de aquí! Ve a esconder tu pellejo moribundo donde no pueda mancillar mi vista.



## EL CORAZÓN LLUEVE ARENA

— ¿A qué se debe este imperioso y precipitado llamado, oh rey?

— Bien haces, puerco, en dirigirte a tu soberano y no a tu padre, porque como rey he de juzgarte, desconociendo y abrogando una paternidad que me ensucia.

### *Otros silencios son como el deseo.*

— ¿Por qué finges sorpresa, hipócrita? Santulón bastardo, digno hijo de una madre despreciable aun como botín de guerra.

— Explica, por favor, esos insultos tan grotescamente impropios de un rey. Tu paternidad la habías abrogado antes de que yo viera la luz. ¿Cómo puedes quitarme lo que nunca me diste?

— Puedes dejar de fingir, hipócrita inmundo y más que inmundo. La cómplice de tu infamia imperdonable confesó todo antes de morir.

— ¿Qué dices? ¿Quién ha muerto?

— Veo que esta noticia ha logrado atravesar tu máscara. Sí. Tu amante Fedra ha escogido morir, no menos indignamente de como vivió. Sin embargo, antes de envilecer los infiernos con su sombra, confesó que la sedujiste, si bien ella se mostró más que complaciente. Y no creas que los dioses son capaces de permitir que un crimen tan horrendo como mancillar el lecho de tu padre y tu rey permanezca oculto e impune. Sí, y lo que es más, fue venganza divina que motivó la confesión de esa impura, bien que hubiera deseado continuar refocilándose contigo en la obscuridad del crimen.

— ¿Fedra ha muerto por su mano, habiéndome acusado de algo que escogí rechazar, pudiendo haberlo aceptado para satisfacer mis ambiciones y tal vez mis más ocultos deseos? Insondables y terribles son en verdad los designios de los dioses, que permiten el simulacro de justicia que tan pomposamente ostentas para engañar en tu beneficio y el de tus egoístas parásitos. A los dioses me acojo sin embargo, y los exijo como testigos de mi inocencia.

— ¿Persistes en mantener tu increíble mentira? Está bien. A los dioses te entregas y por ellos serás ajusticiado. No se ocultará hoy el sol sin que hayas pagado tu culpa, lo juro por mi padre. Ante los dioses te maldigo, les pido que tu sangre humee sobre las piedras.

*La rabia del rey es el fuego, su corazón es la humareda.*

— Y si escapabas de la cólera divina, no creas que puedes escaparte de la mía. Nadie te dará asilo en este reino, mi mano te encontrará donde te escondas. Quisiera escupirte el rostro, pero no quiero contaminar ni mi saliva con tu contacto. ¡Vete ya, maldito! ¡Que no te vuelvan a contemplar mis ojos!



## EL DESTINO ES UNA RUEDA SIN CAMINO

— ¿Por qué me buscas, perra de una perra? ¿Cuál es este mensaje que no puedes transmitir a mis siervos para no tener que contemplarte?

— Escucha el desenlace de la venganza divina que invocó mi rey contra ti, oh rey. Claro se manifiesta ahora lo que antes estaba oscuro. Escucha con paciencia la terrible noticia. Largo tiempo esperé, aterida por el miedo, en la vacía cueva de la bruja, revolviendo en mi mente cómo había de solicitarle el filtro. Ella nunca llegó, pero por la orilla del acantilado pasó tu hijo Hipólito en su carro. Fustigaba los caballos con un ceño de piedras, con un semblante marcado por agujas. En el momento de tomar la curva, un pez enorme, no sé si un delfín o una orca, dio un salto prodigioso desde el mar y aterrorizó a los caballos. Tu hijo fue lanzado del carro y cayó en las



saladas aguas, no sin antes haberse estrellado contra las rocas. No podrás contemplar ni su cadáver.

— ¡Implacable y rápida es la justicia de los dioses que sustentan mi trono! Que se divulgue tu noticia entre la plebe, para que todos sepan de dónde viene mi poder, cuán inflexible es la verdad, cómo escuchan los dioses a sus hijos los reyes.

— No a Hipólito castigó el dios. Para ti está destinada la pena.

— ¿Qué dices, loca? Bien habrás de saber el crimen de tu ama, tú, su confidente, quien quizá le procuró oportunidades para gozarse con ese bastardo, ya ajusticiado por los dioses, a quienes invoqué para que mi maldición tuviera efecto.

— ¿Qué dices, infeliz? ¿Tú fuiste la causa de su muerte? ¡Oh, bárbara y cruel venganza del dios! ¿Mi ama se dejó llevar entonces por su turbado corazón y lo acusó falsamente ante ti? Sabe, miserable, que Fedra moría de amor por Hipólito, y fue ella quien lo solicitó, y a su pedido yo procuré la única entrevista que tuvieron. Y sabe también que él rechazó la propuesta, y que el temor y la rabia de ser denunciada por tu hijo la enloquecieron. Tienes el corazón una vez más manchado con sangre inocente.

— ¡Mientes, esclava! ¡Mientes y pagarás con tu existencia esa odiosa mentira! ¿Ignoras que ella se quitó la vida, no sin antes confesar el crimen de ése? ¿Puede mentir alguien en el umbral de la muerte?

— Mátame con suplicio si quieres. No alterarás la verdad. ¿Qué placer puedo obtener con manchar la honra póstuma del único ser a quien he tenido la oportunidad de querer? ¿Por qué había de defender falsamente a tu hijo en mi perjuicio? Ella murió porque no habría podi-

do vivir manteniendo una mentira así, y sólo una moribunda podía estar segura de escapar sin ser confrontada con la verdad. El despecho la empujó primero, y luego la fuerza fatídica del dios. Interroga bajo tortura a tus sirvientes, pregunta a todos tus parientes y allegados si alguna vez tuvieron Fedra e Hipólito la oportunidad de verse a solas, salvo esa única vez. Descubrirás que, excepto cuando visitamos la cueva de la bruja, nunca estuvo tu esposa fuera del alcance de las miradas de cortesanos y damas de compañía, que once doncellas durmieron siempre en su aposento, que Hipólito pasó solo en las montañas casi todo el tiempo que duró tu ausencia.

— ¡Calla, vieja, calla!

*Llegada la muerte, la aceptación es inevitable. Así se acepta el agua cuando llega.*

— Sí, para mi desgracia es verdad lo que dices. Comprendo ahora los enigmas que todavía permanecían velados en sus palabras. ¡Ay, los demonios se ríen de mí, las sombras se reparten las astillas de mi dolor! La furia que alimentaba es ahora una losa de plomo, mi espíritu un harapo de tiempo. No sé cómo expiar mi culpa, no quiero evitar el castigo. ¿Quién podrá negarme su compasión? Cargo solitario con este peso de dientes y lenguas como navajas. ¿Y cuál ha sido el crimen que mereció esta pena? Es éste un insufrible misterio. Navego en una barca de huesos, devoro mi propia lengua. No puedo tragar la respuesta, no puedo vomitarla. ¡Pero vete ya, mujer! Vete ya y déjame solo.

# ÍNDICE

## **Acto I,**

Escena 1: Un pájaro invisible anuncia la tormenta.....	7
Escena 2: El odio es un árbol sin semilla.....	11
Escena 3: El pájaro picotea en la puerta.....	13

## **Acto II,**

Escena 1: Hombres y mujeres (marido y mujer).....	19
Escena 2: Hombres y mujeres (nodriza e hijo).....	23

## **Acto III,**

Escena 1: El amor tiene una cara de espinas.....	27
Escena 2: Estacas y confesiones.....	31
Escena 3: Mordida de serpiente.....	35

## **Acto IV,**

Escena 1: Matrimonio de fiebres.....	39
Escena 2: El corazón llueve arena.....	43
Escena 3: El destino es una rueda sin camino.....	47

Impreso en los talleres de  
*Mundo Gráfico*  
San José, Costa Rica  
en el mes de agosto del 2005  
su edición consta de 300 ejemplares  
numerados y firmados por el autor

Manuel Arce Arenales:

(costarricense nacido en Ciudad de Guatemala, 1949)


Ha publicado:

-En poesía: *Luces de invierno* (1997); *El fondo de las luces* (1997); *V (Cinco)* —poemario colectivo inglés-español (2000); *El Bodeguero* (2001); *Contrafuertes de cal* (2004). Mantiene inéditos *El Maquibucu* (poesía infantil), *Candelabro de arena*, *Estrellas de agua sobre el polvo*.

-En narrativa: la trilogía *La aguja azul de la memoria* (1993); *Leño florido* (1999) y *Espada de piedra* (1999); además *Colmillos confidenciales* (cuento, 1999). Mantiene inéditos *Pistolera de luces* (novela) y *Las horas pequeñas* (cuento).

- En teatro: *Fedra* (2005).

-En ensayo: *Visitas al desván* (2002), *De leguas y minutos* (2004) y *Las huellas del zapatero* (2005).

editores  alambique

ISBN 9968-839-15-9

TODO TIENE SU TIEMPO,

Y TODO LO QUE SE QUIERE DEBAJO DEL CIELO TIENE SU HORA;

TIEMPO DE LLORAR, TIEMPO DE REIR,

TIEMPO DE ENDECHA, Y TIEMPO DE BAILAR

TIEMPO DE ABRAZAR, TIEMPO DE ABSTENERSE DE ABRAZAR

TIEMPO DE ROMPER, TIEMPO DE COSER

TIEMPO DE CALLAR, TIEMPO DE HABLAR

TIEMPO DE MATAR, TIEMPO DE CURAR

TIEMPO DE ESPARCIR PIEDRAS, TIEMPO DE JUNTAR PIEDRAS

TIEMPO DE GUERRA, TIEMPO DE PAZ

KOHELET III, 1.8